

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

ALEJANDRO FERNÁNDEZ BARCINA

*Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida.*

**Friedrich Engels**

La conciencia socialista es uno de los elementos constitutivos del partido revolucionario de masas. Marx, Engels y Lenin concibieron este último como un partido apoyado sobre una masa consciente, educada en los principios del socialismo revolucionario. Un partido como este es el único que podría estar capacitado para hacerse con el poder en el momento decisivo, el momento de la crisis revolucionaria

y el enfrentamiento abierto entre clases. La importancia la pregunta por la conciencia socialista se hace así evidente. La respuesta que se ofrezca determinará cómo podría el proletariado constituirse en sujeto revolucionario. Teniendo en cuenta que los rasgos más enfáticamente políticos del asunto se abordan en otras piezas de este mismo número<sup>1</sup>, no me enfrento al tema en esos términos más que de manera tangencial. He creído más productivo reflexionar sobre algunos de los que considero aspectos relevantes de la cuestión, intentando demostrar, de paso, el carácter marcadamente racionalista del marxismo. Esto tiene, por supuesto, implicaciones de orden político, que espero queden claras a lo largo del artículo. Si bien se puede apreciar cierto desorden en la presentación de los argumentos, a estos les subyace, no obstante, una coherencia lógica.

1. Véanse los capítulos de Mario Aguiriano, Aitor Bizkarra y Paul Beitia.

## LA MISIÓN HISTÓRICA DEL PROLETARIADO

La humanidad, dice Marx, se plantea “sólo tareas que puede resolver, pues considerándolo más profundamente siempre hallaremos que la propia tarea sólo surge cuando las condiciones materiales para su resolución ya existen o, cuando menos, se hallan en proceso de devenir”<sup>2</sup>. Las condiciones materiales del socialismo, comprendido como modo de producción históricamente superior, emergen del modo de producción históricamente precedente. Las fuentes de la riqueza social se han desarrollado hasta tal punto que la forma burguesa que las regula se revela cada vez más limitada e impotente frente a aquellas. La crisis, el desempleo, la miseria, la guerra... son todos ejemplos que apuntan a una base común: que el capitalismo, llegado cierto grado de su desarrollo, comienza a reproducirse por medios cada vez más violentos, cada vez más contrarios al impulso vital propios de las civilizaciones en ascenso. El capitalismo representa un exceso para consigo mismo, y no es capaz de contener las potencias que él mismo ha en-

2. Marx, Karl, Contribución a la crítica de la aXXI, Madrid, 2008, p. 5.

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

gendrado<sup>3</sup>. Estas potencias señalan su caducidad histórica; señalan la posibilidad de un orden social alternativo, e imponen la obligación histórica de construirlo.

El marxismo es la expresión teórica que comprende este proceso. Su tesis teórico-política más general podría formularse así: el modo de producción capitalista ha engendrado las condiciones materiales para un orden social más adecuado al grado de desarrollo de las fuerzas productivas; la posibilidad de realizarlo se manifiesta en la creciente separación –y enfrentamiento— entre el proletariado y el capital. Para afirmar sus intereses, para vivir o apropiarse sus medios de vida, el proletariado está obligado a luchar contra la burguesía<sup>4</sup>. Si esta lucha se desarrolla hasta sus últimas consecuencias, el proletariado termina expropiando a la burguesía y disuelve en el acto los fundamentos de la sociedad capitalista. Al proletariado le corresponde, por tanto, una *misión histórica*: luchar contra la clase dominante con el objetivo de conquistar el poder político e introducir mediante él el socialismo<sup>5</sup>.

Esta misión existe y se hace efectiva si el objetivo final del socialismo se encarna en la lucha y la conciencia del agente llamado a realizarlo. Para cumplir su misión, el proletariado debe actuar a la luz de objetivos en los que se reconoce, objetivos que hace suyos porque expresan racionalmente el contenido de sus propios intereses. La conciencia de esta misión se denomina “conciencia socialista”. Frente a la conciencia meramente *económica* y su afirmación de intereses particulares y temporales, la conciencia socialista enfatiza la necesidad de la acción política; afirma intereses universales y a largo plazo. Frente a la conciencia política *oportunist*a, la conciencia socialista enfatiza la necesidad de la acción política independiente y revolucionaria; señala la necesidad, no sólo de intervenir políticamente sobre la sociedad, sino de intervenir con el objetivo de que el proletariado se alce en clase dominante. La conciencia socialista

3. La crisis por sobrecumulación de capital es un ejemplo. Con el desarrollo capitalista de la productividad, el tiempo de trabajo necesario para la producción de mercancías, única fuente de su valor, se reduce hasta un punto en el que la expectativa de ganancia –de un valor mayor que el inicialmente invertido— resulta insuficiente para motivar una nueva inversión. Se da así una desproporción entre capital acumulado y las posibilidades de valorizarlo, entre el capital y los límites del mercado, incapaz de asimilar tanto capital. Hay, en otras palabras, más fuerza productiva que la que las relaciones de producción pueden tolerar.

4. “Las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema del trabajo asalariado”. Marx, Karl. “Salario, precio y ganancia”, Marxists.org, 1965.

5. La idea de la misión histórica del proletariado está presente en toda la obra de Marx y Engels, tanto en los textos científicos, como en los divulgativos. Un ejemplo elocuente: “La realización de este acto que redimirá al mundo es la misión histórica del proletariado moderno. Y el socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario, es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de este acto, infundiéndolo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la

conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción". Engels, F., "Del socialismo utópico al socialismo científico", Marxists.org, 1880.

es así el criterio que marca el horizonte de la revolución, que orienta los esfuerzos cotidianos evitando que se cieguen ante intereses espurios y pasajeros, insertándolos en un proceso de acumulación de fuerzas encaminado hacia la toma revolucionaria del poder. Es el alma que infunde vida al partido político independiente del proletariado; es la inteligencia que ilumina su camino. Sin conciencia socialista ni hay ni puede haber revolución.

La conciencia socialista es la conciencia del objetivo final del socialismo, para cuya consecución el proletariado debe conquistar el poder político y establecer su dictadura de clase. Estos son los principios más generales del socialismo revolucionario, las normas que orientan la práctica política de tal modo que en cada paso se asegure el avance hacia el objetivo final. La forma en que se concreta el esfuerzo por avanzar en la dirección del objetivo final, los medios que en cada caso expresan ese avance, varían en consonancia con el conjunto de factores presentes en la coyuntura. La formulación de la regla, de la orientación que el movimiento debe seguir, es, por definición, variable, producto cambiante de un esfuerzo continuado por interpretar el escenario de lucha –por enunciar correctamente lo que una mala formulación convertiría de nuevo en un enigma cegador. La pregunta parece evidente: ¿en qué se concretan esos esfuerzos dada la actual correlación de fuerzas entre clases?

Nuestro contexto es uno en el que la ausencia de un partido independiente del proletariado sitúa la revolución directamente fuera del mapa político. El primer paso en la dirección del objetivo final del socialismo sólo puede consistir en recuperar ese objetivo, recuperando los principios generales del marxismo. Rescatar la conciencia socialista y reconstruir los lazos organizativos sobre los que este rescate podría efectuarse en primera instancia. Determinar esta tarea como la más urgente implica ya una ruptura con la visión burguesa del mundo, para la que el parámetro de lo

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

urgente viene dado, no por las necesidades del proceso histórico que conduce al socialismo, sino por la realidad política más inmediata –o sea, la realidad política impuesta por la agenda del Partido del Orden<sup>6</sup>. Sin embargo, este gesto de ruptura decidida no es posible desde el aislamiento de una suma de conciencias individuales. Articular y defender los principios del socialismo revolucionario, sostenerlos frente a las tendencias enemigas, depende de un soporte material colectivo, por mínimo que este sea. El socialismo se desarrolla en *lucha* con otras tendencias, y la teoría científica del socialismo es uno más de los frentes de la lucha de clases. Depende, por lo tanto, de una organización, de un vínculo comunitario que encarne en su proyecto político la terrenalidad de la conciencia socialista y sus principios.

Esta ha de ser una comunidad educada en la más absoluta falta de prejuicios, en la cultura de la formación intelectual y la instrucción política. Esa es la premisa sin la cual no es inteligible la unidad de acción alrededor de una táctica, un programa y unas consignas de lucha. Dicho claramente: sin conciencia socialista no hay ni puede haber independencia política del proletariado, y sin una actitud desprejuiciada y científica hacia la cuestión de qué hacer, no es posible una conciencia socialista. El primer baluarte de la conciencia socialista es la militancia del movimiento político que aspira a extenderla sobre el conjunto del proletariado. Es la responsable de asumir para sí la conciencia del programa histórico que pretende poner en marcha, de asimilarla con la mayor profundidad y detalle que sea posible. Una militancia intelectualmente embrutecida solo puede actuar de dos maneras: o bien siguiendo ciegamente las opiniones que en cada caso sostenga un líder o camarilla dirigente de autoridad indiscutida, o bien manteniéndose atada, también desde la ceguera, a una receta que ha naturalizado como única posible, obviando las razones que llevaron a adoptarla y, por ende, haciendo caso omiso de las razones que la dirección ofrezca para justificar su eventual modificación. El resultado en ambos casos es el oportunis-

6. “Es deseable la lucha que es posible, y es posible la lucha que se sostiene en un momento dado. Ésta es precisamente la tendencia del oportunismo ilimitado”. Lenin, Vladimir, “¿Qué hacer?”, Marxists.org, 1902.

mo. Y lo es siempre que la fuente de la autoridad no son las razones, sino la fuerza de algo o alguien que se presenta como si no necesitase justificación. Una militancia intelectualmente embrutecida, en resumen, no sabrá identificar si las órdenes políticas que obedece son de carácter oportunista o revolucionario. El oportunismo tiene entonces el camino allanado: sólo debe seducir el criterio errático de una militancia fácil de embaucar.

La conciencia socialista supone un esfuerzo constante por determinar los medios más adecuados para un fin. El alma viva del marxismo, según el famoso aforismo de Lenin, consiste en el análisis concreto de la situación concreta. La determinación de los medios adecuados para un fin es por necesidad una determinación a partir de *razones*, de argumentos susceptibles de una enunciación clara y comunicable. Por razones se entiende el conjunto de criterios que no se acepta “porque sí” –porque lo dice el jefe o un texto sagrado—. Son aquellas que, al objetivarse en argumentos, son comprensibles por *cualquiera*, pues no dependen de la genialidad de un individuo o de un grupo reducido de individuos. Al ser objetivas y comunicables, están también sujetas a posible réplica, a examen por parte de terceros. La universalidad, objetividad y comunicabilidad de las razones que respaldan el avance del movimiento hace de este un movimiento potencialmente de *masas*, esto es, un movimiento al que virtualmente cualquiera puede adscribirse, porque puede reconocerse en los motivos, propósitos y objetivos que lo orientan. Una organización articulada alrededor de una doctrina privada, inteligible sólo para aquel que la formula, no puede contar con el asentimiento de una mayoría, y corre además el riesgo de confundir ocurrencias con verdades universales. Agrupará solamente a los pocos que se sometan dogmáticamente a la voluntad de quien elabora la doctrina. Esta es la esencia conceptual de la secta como forma organizativa enfrentada al Partido, una forma cuya autoconciencia teórica es siempre la del doctrinarismo<sup>7</sup>. Más adelante volveremos al problema del doctrinarismo.

7. Podemos encontrar una crítica del doctrinarismo y de la secta como su forma organizativa correspondiente ya en el Manifiesto Comunista. Marx, K., Engels, F., “El socialismo y el comunismo crítico-utópicos”, en Manifiesto Comunista, Alianza Editorial, Madrid, 2010, pp. 90-94.

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

Lo importante por el momento es señalar que no hay manera de determinar *exhaustivamente* el criterio, la norma que guía la acción, antes de la acción misma. Esa es la principal falta del utopismo, que cree posible derivar todos los detalles de la norma que regula la acción con independencia del desarrollo práctico real. No hay, entonces, un criterio completamente *dado*, uno que podamos limitarnos a contemplar y ante el que simplemente quepa asentir. Estamos de antemano sumergidos en el terreno práctico, y no podemos aislarnos ni por un segundo de la cuestión de “qué hacer”, del proceso activo de elaboración de respuestas para problemas prácticos cambiantes. La conciencia socialista, por tanto, no puede ser la conciencia de una fórmula acabada que debemos limitarnos a aplicar idénticamente en cada caso. Por su misma naturaleza, es la conciencia de una fórmula en construcción.

Además, del hecho de que estemos inexorablemente *dentro* de la búsqueda práctica de soluciones al problema de “qué hacer”, especialmente en la vida política, obliga a que la perspectiva sea siempre parcialmente limitada. No hay un punto de vista exterior a la práctica desde el que podamos contemplar el conjunto de causas y consecuencias implícitas en cada coyuntura en la que la acción tiene lugar. Estamos irremediabilmente inmersos en ella, y sólo en retrospectiva, cuando la acción ya ha desplegado su contenido real, puede evaluarse la adecuación, la idoneidad y justicia del criterio que la impulsaba. La tesis de Hegel de que “el mochuelo de Minerva alza el vuelo al atardecer”<sup>8</sup> es idéntica en este punto a la de Marx, que afirma que “la anatomía del hombre da la clave para la anatomía del mono”<sup>9</sup>. Esta es, por supuesto, también la posición de Lenin<sup>10</sup>. Todos ellos estaban de acuerdo en que la materialización del intento, la acción efectiva, revela información de la que no se puede disponer de antemano. No hay garantía absoluta de la verdad de un criterio táctico determinado. Este siempre deberá probarse sobre el terreno de la acción política real.

8. Hegel, GWF, Principios de la filosofía del derecho, Edhasa, Barcelona, 1988.

9. Marx, Karl, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), Siglo XXI, Madrid, 1971.

10. “Recuerdo que Napoleón escribió: ‘On s’engage et puis... on voit’, lo que traducido libremente quiere decir: ‘Primero hay que entablar combate serio y después ya veremos lo que pasa’”. Lenin, Vladimir, La cultura y la revolución cultural, Editorial Progreso, Moscú, 1971, p. 204.

Esto explica la autoridad de la que ha gozado para el marxismo la experiencia de la lucha de clases como fuente de conocimiento político. La experiencia ofrece lecciones que deben sintetizarse en un cuerpo doctrinal en movimiento, uno que se desarrolla corrigiéndose y que tiende a reducir el margen para la improvisación y el error. Disminuyen las situaciones completamente novedosas, aquellas en las que no pueden rastrearse los rasgos de alguna coyuntura pasada. Se reducen, por lo tanto, los contextos en los que no pueden aplicarse las lecciones extraídas de alguna experiencia previa. Conocer esta experiencia con el mayor rigor posible es, por ende, una obligación de primer orden. Igualmente, jamás se encontrarán dos situaciones completamente idénticas. Si la historia se repite dos veces, la pretensión de que una repetición perfecta es siquiera posible convierte esta última en una miserable farsa. Es crucial, entonces, la tesis de que el proletariado extrae su poesía del futuro<sup>11</sup>: la formulación de sus tareas no está nunca completamente dada por formulaciones legadas por las generaciones muertas. La definición de estas tareas y de los métodos mediante los que se pueden acometer en cada circunstancia, es por su misma naturaleza un proceso vivo de elaboración, desarrollo, concreción y cambio a la hora de aplicar los principios más generales, que se mantienen idénticos en su esqueleto básico –“introducir el socialismo exige tomar el poder político, tomar el poder exige disponer de un partido político independiente”, etc.—. Y es en virtud de esta identidad subyacente, por cierto, que podemos comprender en la diversidad de sus formas y a través de sus múltiples modos de manifestación un único proceso histórico-universal: el del avance, con sus necesarios retrocesos relativos, hacia el objetivo final del socialismo.

11. Marx, K., *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Ediciones Akal, Madrid, 2023.

Un intelectual colectivo, convenientemente apoyado en una esfera pública proletaria, está obligado a un constante ejercicio de recapitulación de la experiencia, tanto propia como ajena, reciente tanto como remota. El marxismo comprende la relación de fuerza de todas las clases entre

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

sí, y no se limita a registrar los intereses particulares, la identidad o la experiencia de algún grupo en especial<sup>12</sup>. La síntesis expresada en el conocimiento político de vanguardia, aquel que se sitúa a la cabeza del progreso histórico, es el resultado de la reevaluación de la experiencia a la luz de los descubrimientos y las lecciones más próximas en el tiempo. No hay fórmulas definitivas. No hay *recetas*. Del hecho de que en X circunstancias un método Y haya resultado válido, útil para cierto propósito, no se desprende que vaya a serlo también sobre el terreno de unas circunstancias modificadas<sup>13</sup>. La experiencia aporta un contenido al saber si se inscribe en un marco de conocimiento científico, que es aquel que comprende las *leyes* que regulan el funcionamiento de una formación social. La ciencia captura sus determinaciones *esenciales*, las formas que ordenan el funcionamiento regular de las partes. Es dentro de esta perspectiva general que los fenómenos de la experiencia empírica pueden comprenderse y ponerse al servicio de una explicación digna de tal nombre. Es en virtud de tendencias subterráneas de fondo, más esenciales, que los fenómenos de la superficie social encuentran explicación y un sentido racional. Encontrar la proporción racional entre los fenómenos empíricos y el objetivo final del socialismo, al que apuntan las leyes de la sociedad capitalista, depende de la inteligencia política, el esfuerzo y la creatividad de los dirigentes socialistas.

## SOBRE CIENCIA, NECESIDAD Y LIBERTAD

Merece la pena detenerse en la cuestión del carácter “científico” de la teoría. Por científica se entiende, *grosso modo*, la teoría que comprende relaciones de necesidad, relaciones que portan cierta universalidad y son aplicables sobre un conjunto variado de casos o circunstancias, válidas más allá de contextos específicos. La ciencia comprende *leyes*. En el terreno de la actividad práctica, al contrario que en otros ór-

12. “La socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patronos, sino con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada”. Lenin, Vladimir, “¿Qué hacer?”, Marxists.org, 1902.

13. “La causa fundamental de su bancarrota [de la II. Internacional] consiste en que se han dejado ‘encandilar’ por una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidándose de su unilateralidad; han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las simples verdades aprendidas de memoria a simple vista indiscutibles”. Lenin, Vladimir, La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo, Akal, Madrid, 2021, p. 123.

denes de la experiencia, la necesidad que regula la serie de los acontecimientos no es mecánico-causal. Las conexiones necesarias comprendidas por una teoría científica como el marxismo no son tales como “si A (causa) entonces B (efecto)”, “si el agua alcanza 100°C, entonces hierve”. Podemos denominar “determinista” a este último tipo de necesidad, aquella que gobierna relaciones en las que, dado el fundamento, se sigue necesariamente una consecuencia –algo que otorga a las ciencias naturales su capacidad predictiva—. En la actividad práctica la situación es bien distinta. Precisamente por tratarse de una actividad con miras a algún fin, una que se ejerce con conciencia de una intención, el propósito de la acción no es el efecto de ciertas causas que le subyacen, sino una premisa, el *fundamento* de sus posibles consecuencias<sup>14</sup>. Lo que el conocimiento puede tratar de inferir, a la vista de los medios *disponibles*, es cuáles de estos resultan adecuados para la materialización del propósito de partida. Lo que la ciencia puede comprender en este ámbito, entonces, es qué medios son necesarios *dado cierto fin*, esto es, qué relaciones medios-fines deben practicarse para que una acción, un sistema de acciones o un sistema de instituciones pueda definirse, resultar inteligible como aquello que es, o sea, determinarse en su diferencia y contraposición con otras acciones o sistemas de acciones.

14. “Aristóteles ya definía la naturaleza como una actividad conforme a fines, el fin es lo inmediato, lo que reposa, lo que es ello mismo motor, o es sujeto”. Hegel, GFW., *Fenomenología del espíritu*, Editorial Gredos, Madrid, 2010, p. 15.

Vayamos con un ejemplo. Si alguien tiene la conciencia de ser trabajador asalariado, si el fin de vivir para ganar un salario está presente en su conciencia, los medios disponibles en su día a día deben ordenarse de acuerdo con esta pretensión. Así, tratará de organizarlos para ejecutar exitosamente su misión: madrugar, ir al trabajo, obedecer al jefe, cobrar a final de mes, administrar sus gastos, etc. La lógica que gobierna su actividad sólo es inteligible a la luz de este fin, y decimos que actúa necesariamente de la manera que actúa *porque es trabajador asalariado*. Esta identidad práctica<sup>15</sup> tiene lugar dentro de un entramado de relaciones sociales. Uno no es trabajador asalariado simplemente porque así lo ha decidido: para

15. Tomo el concepto de “identidad práctica” de Korsgaard, Christine, *The Sources of Normativity*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

que adquiriera validez, su estatus como asalariado tienen que reconocérselo los demás. Uno es trabajador asalariado en el contexto de una institución, de una norma social que lo habilita como tal. En este caso, el régimen salarial capitalista. Sin embargo, la identidad práctica no es algo que la sociedad imprima desde fuera sobre su conciencia. No es un dato psicológico, un *ítem* mental que algo o alguien le haya “introducido” en la cabeza. Es, en cambio, un saber a la luz del cual hace inteligible su práctica como miembro de una sociedad, la forma en que trata de acometer con éxito lo que significa formar parte de su especie. Su especie, a su vez, se organiza conforme a un fin que es históricamente variable. En el caso de la sociedad capitalista, este fin, la forma específica que regula su actividad, es la producción de plusvalor. Y es en virtud de esta forma social específica que decimos que un modo de producción es “capitalista” y no “esclavista”, “feudal”, etc., igual que decimos del trabajador asalariado que lo es por la forma de su actividad, por lo que necesariamente *hace*, y no por un código de conducta inscrito en su ADN, en una esencia indiferente a la práctica social o por una decisión tomada en la intimidad de su conciencia.

La necesidad que captura la ciencia en el ámbito de la práctica social es, entonces, una *necesidad práctica*, no mecánica, y regula un orden de la experiencia constituido por la contingencia y variabilidad de los medios disponibles. Se entiende ahora el verdadero sentido de la afirmación según la cual la libertad es la conciencia de la necesidad. La libertad es la conciencia de *esta* necesidad, esto es, la conciencia que se hace cargo de los medios que el fin determina como necesarios. Ser libre es, sencillamente, responsabilizarse de lo que la realidad social demanda de nosotros, sujetarse a normas colectivas que dictan cómo se debe actuar —en calidad de militante, de ciudadano, etc.—. Si esta necesidad permanece latente, si no se hace explícita para los individuos gobernados por ella, estos permanecerán entonces sometidos, no sabrán por qué hacen lo que hacen y no se reconocerán en las potencias de su especie, sino que se les enfrentarán como un poder

extraño. El marxismo es, en este sentido, una verdadera ciencia de la libertad.

Por otro lado, la libertad no brota de una suerte de compromiso abstracto con ciertos fines y valores, sino que se desenvuelve en un contexto de posibilidades materiales, determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas. Ser libre, entonces, no es hacerse independiente *de* esta fuerza productiva material; no es saberse ajeno a las normas institucionales que nos constriñen; no es comprometerse formalmente con un principio para cuya realización no existen medios disponibles. Ser libre es reconocerse en las normas generales que nuestra especie ha producido en un contexto de evolución civilizatoria milenaria, en un conjunto de normas cuya forma acabada y racional es la que descansa sobre la asociación de individuos libres, en la que cada uno entiende sus derechos en consonancia con las obligaciones que le atan para con el resto<sup>16</sup>.

16. Marx, K., Engels, F., *Manifiesto Comunista*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

17. Tomo los conceptos de “necesidad práctica” y de “contradicción práctica” de Pippin, Robert, “Hegel über die politische Bedeutung kollektiver Selbstäuschung”, en *Die Aktualität des Deutschen Idealismus*, Shurkamp Verlag, Berlin, 2016, pp. 138-162.

18. Desarrollo ilimitado no significa su incremento ciego y compulsivo. Significa que su adecuación a las necesidades no está coartada por un patrón predispuesto. Puede ser una necesidad de la especie reducir la productividad del trabajo, si es que esta se está dando por medios perjudiciales para los seres humanos o la naturaleza.

19. La burguesía tuvo una tarea o misión histórica. Marx la describe en prácticamente todas sus obras. Se trata del “esta-

Con la idea de necesidad práctica está directamente acompañada la de *contradicción práctica*<sup>17</sup>. La necesidad que vincula medios y fines puede entrar en crisis llegada una situación en la que los medios disponibles y los fines a los que servían comienzan a entrar en contradicción. Eso es lo que ocurre con el capitalismo. Dado cierto grado de su desarrollo, este empieza a representar un exceso para consigo mismo. Ha engendrado medios materiales que desbordan el fin al que inicialmente estaban subordinados —la valorización del valor—, y este se revela entonces como un fin limitado en comparación con el que emerge imprevisiblemente durante este proceso —desarrollo pleno de los individuos, o sea, desarrollo incondicional e ilimitado de las fuerzas productivas—<sup>18</sup>. El capitalismo se presenta desde la perspectiva del nuevo fin como un simple medio, como una etapa de transición al verdadero objetivo del progreso histórico, que yacía oculto, dormitando en el seno de las fuerzas productivas del trabajo social<sup>19</sup>. Lo que en un comienzo impulsaba el progreso de las fuerzas productivas, ahora lo somete. La consonancia entre el fin y los medios

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

disponibles llega entonces a su fin y se derrumba. En contextos como este se abre, en palabras de Marx, una crisis histórica que exige, *como imperativo histórico*, reformular la manera en la que los medios de la comunidad están dispuestos. El fin al que servían se ha demostrado irracional, limitado, unilateral. Un modo de producción superior es necesario, y ponerlo en marcha aparece en el horizonte con los rasgos de una misión. Su portador y agente, el principal medio de su materialización, es el proletariado, que debe hacerse cargo de este derecho histórico.

Desde este punto de vista, las sucesivas fases históricas se revelan retroactivamente como las de un progreso de las fuerzas productivas que conduce lentamente hacia el socialismo. No como un despliegue mecánico necesario en el que el resultado está ya decidido de antemano, sino como única forma de hacer la historia inteligible *en tanto que* historia. Sin comprender los eventos históricos a la luz de las leyes del modo de producción en el que irrumpen, y sin situar los modos de producción en un relato histórico que comprenda la lógica de su sucesión, tendremos una serie caótica de datos y acontecimientos sin aderezo lógico de ningún tipo. Tendremos caos y no efectivamente *historia*.

El marxismo captura la historia en la necesidad de su desarrollo y se la traslada a los interesados, con la intención de que puedan hacer efectivo su derecho a gobernar, un derecho que emana de las propias relaciones sociales. Es necesario que el proletariado tome el poder y someta las fuerzas productivas a una forma racional. Teniendo en cuenta lo anterior, se entiende que cuando el marxismo se presenta como ciencia, o, incluso, como ciencia de la historia, lo último que pretende es pregonar la existencia de una necesidad metafísica que gobierna el devenir de los acontecimientos. Una necesidad metafísica —en oposición a la necesidad práctica, normativa— haría superflua la propia ciencia como conciencia depurada y racional del proceso social en su conjunto. Haría superfluo el saber, la conciencia con la que los individuos y las clases

blecimiento de la moderna sociedad civil” Marx, K., 18 de Brumario de Luis Bonaparte, Ediciones Akal, Madrid, 2023. “El modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la productividad material y crear su correspondiente mercado mundial”, en Marx, K., El Capital, Libro 3, Tomo I, Ediciones Akal, Madrid, 2000, p. 329.

se convierten en agentes históricos. El fatalismo metafísico, en el mejor de los casos, convierte la conciencia socialista en el accesorio prescindible de un proceso cuyo desenlace está determinado con antelación.

La legalidad que gobierna la práctica histórica es, en cambio, una legalidad de organismos orientados conforme a fines y está guiada por una conciencia de las razones que justifican la acción individual y colectiva. Las clases avanzan para cumplir con una misión. La distancia que separa la lógica mecánico-causal de aquella que el marxismo busca sintetizar en el pensamiento se hace cristalina en el ejemplo de la revolución proletaria misma. La cuestión para el marxismo no es que si el proletariado toma el poder político (causa) advendrá, como consecuencia necesaria, la construcción del socialismo (efecto). La cuestión es que para construir el socialismo (fin), el proletariado necesita, *debe*, tomar el poder político (medio). De esta necesidad práctica general se pueden inferir necesidades derivadas, que se articulan en un sistema más o menos desarrollado de obligaciones prácticas o compromisos que abarcan virtualmente todas las esferas de la vida, y que evolucionan conforme lo hace el organismo social del que forman parte. Por ejemplo, la toma del poder político, considerada como medio, se convierte en un fin desde la perspectiva de un nuevo medio que podemos inferir: el partido político independiente del proletariado. Este, a su vez, aparece como fin de un nuevo medio: la recomposición teórica y política de las fuerzas comunistas de vanguardia. Y así sucesivamente.

Hay que introducir aquí una idea importante. En el intento de materializar un objetivo, precisamente porque la necesidad que lo regula no es mecánica o metafísica sino teleológica, el *fracaso* es una posibilidad a la que uno está inevitablemente expuesto. La posibilidad del fracaso es inherente al concepto mismo de práctica o de acción, y es inherente al tipo de necesidad que la gobierna. Uno puede simplemente no estar a la altura de los compromisos que se ha impuesto. Uno puede haber sido víctima del autoengaño, de una ilusión

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

que le ha llevado a identificar medios que no eran adecuados para su propósito. Uno puede, además, plantearse un propósito completamente extemporáneo, utópico o idealista. Es posible, por último, que un propósito se revele limitado, falso y carente en sí mismo de valor. De la coherencia entre la suma de medios y el fin que los unifica como sistema orgánico depende el éxito del conjunto, la efectividad y materialidad del fin, sin la que este último se convierte en el nombre de algo que no existe (o en algo que existe sólo como nombre, de forma artificial). Es precisamente la exposición al fracaso lo que obliga a un esfuerzo activo a la hora de acometer exitosamente cualquier propósito<sup>20</sup>.

## EL MARXISMO QUE NECESITAMOS: SOBRE DOGMATISMO E ILUSTRACIÓN

El intelectual colectivo es el portador de la autoridad intelectual, el que infunde vida en las razones que sostienen y animan la práctica del movimiento hacia el comunismo. Y lo es incluso *frente* al marxismo en lo que este tiene de doctrina. El marxismo tiende a cristalizar en un sistema de verdades, en una doctrina. Así lo reconocía por ejemplo Engels cuando afirmaba que, desde que se ha convertido en ciencia, el marxismo hay que estudiarlo<sup>21</sup>. Pero como cuerpo doctrinal ya establecido, teniendo en cuenta el muro de dogmatismo que pesa sobre él y que en buena parte sólo merece ser *extirpado*, el marxismo es sólo un estímulo de la reflexión activa, una oportunidad para el esfuerzo intelectual creativo, al que ningún sistema de verdades, por muy elaborado y exhaustivo que haya llegado a ser, puede nunca llegar a sustituir. Y no por capricho. No es por la opinión de que el pensamiento activo es “mejor”, más de nuestro gusto, que la recepción pasiva de un sistema de verdades. Es el contenido mismo de la práctica social que la teoría sintetiza lo que hace que esta no pueda ser nunca una teoría acabada, un sistema perfectamente cerrado que anticipa la verdad de cualquier práctica futura y que se

20. Este trabajo o esfuerzo es lo que Aristóteles y Hegel expresaron bajo los términos de *energeia* y *Wirklichkeit*, respectivamente. Esta concepción es también la de Marx.

21. “[...] el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie”. Engels, F., “La guerra de los campesinos en Alemania”, *Marxists.org*, 1850.

independiza así del esfuerzo del pensamiento. Las razones de esto ya se han expuesto. Como autoridad establecida de antemano, el cuerpo doctrinal del marxismo carece de alma, es un peso muerto sin unidad dinámica. Su autoridad será entonces una puramente exterior y dogmática. “Porque lo dice el marxismo” es una razón *tan* válida como “porque lo dice el cura”, “el jefe”, “el rey”, “la policía” o “las santas escrituras”. No es una razón que alguien pueda hacer suya en primera persona, por lo que es imposible que se reconozca en ella como una razón válida, autoritativa.

El marxismo no se inventa problemas. No se inventa necesidades. Eso lo distingue radicalmente de todo doctrinarismo utópico. El marxismo no hace sino ofrecer la solución más racional a problemas que la sociedad ya se plantea y que el proletariado ya siente como suyos, pero que todavía formula desde la perspectiva de los intereses de otras clases. Captura las contradicciones prácticas y las resuelve desde la perspectiva de un modo de producción históricamente superior. El doctrinarismo, en cambio, no busca respuesta a los problemas reales del proletariado, cuya solución coincide tendencialmente con la transformación de este último en sujeto político. Responde a problemas impuestos por su propia doctrina. Así, se incapacita de antemano para fusionarse con el movimiento obrero en un todo único, en un partido de masas. En vez de adecuar su doctrina a los detalles y necesidades de la realidad, intenta adecuar la realidad a los detalles y necesidades de su doctrina. Esto es justamente lo que ocurrió con la deformación del comunismo en sectarismo, y esta es todavía hoy la realidad en la que nos encontramos. En vez de preguntarse si la realidad, considerada desde el punto de vista del objetivo final del socialismo, demanda esta o aquella táctica, se pregunta cómo puede la realidad adecuarse a las necesidades impuestas por *su* táctica particular.

El marxismo se distingue del oportunismo por el hecho de que no sacrifica el objetivo final del socialismo en favor de resultados inmediatos y palpables. Careciendo de fuerzas pro-

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

ductivas suficientes para acometer la construcción del socialismo, las fuerzas de la revolución tendieron durante el siglo XX a sacrificar el objetivo final en favor de la perpetuación del poder de gobierno de los Partidos Comunistas, crecientemente transformados en órganos burocráticos de dominio sobre la sociedad –incompatibles, por definición, con la construcción del socialismo. Esta puede ser, llegado el caso, una obligación impuesta por las circunstancias. El mejor ejemplo es sin duda el de los bolcheviques. Tuvieron que renunciar a elementos de principio para garantizarse la preservación del poder, respaldo político de la continuidad de la revolución a largo plazo. La suya era probablemente la mejor y más radical de las opciones disponibles en aquel momento. Su pecado fatal, en cambio, fue comenzar a *teorizar* estas concesiones, estos retrocesos relativos, presentándolas como síntoma inequívoco de progreso, de avance en la dirección del objetivo final. Maniobras defensivas, consecuencia de la debilidad de los bolcheviques y su aislamiento político, se convirtieron en receta general, como si se tratase de una demanda objetiva del proceso revolucionario *en sí mismo*. Todos los revolucionarios inspirados por la gesta bolchevique heredaron un cuerpo doctrinal mutilado por el sesgo teórico del estalinismo. Este marxismo mutilado, santificado además por la instrumentalización de la figura mitificada del mejor de los líderes del proletariado revolucionario, acabó presentando modelos tácticos funcionales a un gobierno bajo circunstancias excepcionales como modelos idóneos para la revolución en general.

Una doctrina que evolucionó con el fin de afirmar el poder establecido no puede aceptarse sin más, precisamente porque tampoco ese fin puede ser aceptado. El dogma, la asunción acrítica y desinformada de ciertas concepciones, es una barrera objetiva en el proceso de recomposición de la independencia política. Si queremos esta última, derribar el muro que el dogmatismo ha levantado entre los comunistas y los principios esenciales de la doctrina revolucionaria es un medio *necesario*, en el sentido preciso que se ha definido este concepto en los párrafos anteriores.

22. Stalin, J., "Fundamentos del leninismo", Marxists.org, 1924.

23. La significación internacional de la revolución rusa y del bolchevismo que describe Lenin en su *El izquierdismo...* consiste en la capacidad de la experiencia bolchevique para demostrar la vigencia de los viejos principios ortodoxos de la socialdemocracia, especialmente frente a quienes recientemente habían renegado de ellos. En ese sentido, Lenin no entiende el bolchevismo como la superación de los viejos principios, sino como su confirmación.

24. La manipulación retroactiva de la historia fue, por supuesto, un fenómeno continuado. Un ejemplo especialmente sangrante puede encontrarse en Trotsky, L., "¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!" Marxists.org, 1932.

25. La sorprendente capacidad de Mao para liderar y mantener con vida al Partido Comunista Chino frente al asedio de las fuerzas reaccionarias y nacionalistas, y a pesar de las recomendaciones constantemente fracasadas de la Internacional, precipitó una identificación creciente entre sus intuiciones tácticas y la continuidad de la revolución en general, hasta el punto de que la revolución china y la figura de Mao terminaron siendo una y la misma cosa. "El camarada Mao Tse-tung es el más grande marxista-leninista de nuestra

El retroceso hacia el doctrinarismo se presentó en primer lugar bajo la figura del "leninismo"<sup>22</sup>. Stalin presenta la táctica formulada por Lenin en una coyuntura determinada como una teoría general de la revolución y no, como hiciera el propio Lenin, como la aplicación particular de los principios generales del marxismo<sup>23</sup>. Invirtiendo la relación de los términos, transforma el bolchevismo, figura acabada del marxismo revolucionario, en una doctrina *distinta* de este último. Esta maniobra conduce por fuerza a la separación artificial de Lenin y su pensamiento respecto del marxismo de la Segunda Internacional y, a la postre, también del de Marx y Engels<sup>24</sup>. Sin embargo, el primer caso de doctrinarismo presentado abiertamente como tal, y amparado en la figura de una autoridad viva, fue el del "pensamiento Mao Zedong". Para el pensamiento Mao Zedong, como se desprende de su denominación, la verdad no emana del conocimiento sobre procesos sociales objetivos, sino de la manera en la que un individuo particular comprende estos procesos<sup>25</sup>. Constituye una suerte de desarrollo por imitación. Las concepciones geniales de dos individuos (Marx y Lenin) son desarrolladas a partir de las concepciones geniales de otro. Esta tendencia hacia el doctrinarismo y el creciente sectarismo del movimiento comunista no es caprichosa. Hay, también aquí, una necesidad subyacente. En un contexto en el que el horizonte comunista tendía a debilitarse y las fuerzas vivas de la revolución a osificarse alrededor de estructuras políticas crecientemente burocratizadas, la supervivencia de la revolución parecía depender de la fidelidad voluntarista hacia la doctrina que afirmase defenderla. La paradoja, la contradicción práctica que asoló al comunismo, fue que, en su fidelidad cada vez más abstracta a la revolución, reforzaba necesariamente el poder de las camarillas burocráticas llamadas a asegurar el futuro revolucionario, imposibilitándolo así de facto.

El doctrinarismo sectario nace de la creencia de que es posible una fórmula detallada que nos exima del esfuerzo de pensar qué hacer dadas las circunstancias presentes. Nos exige de lo que Hegel denominaba "el esfuerzo del concepto" y

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

lo que Marx denominaba “socialismo científico”. Si tenemos una receta, todo se reduce a confiar ciegamente en su poder para solucionar mágicamente los problemas, y el único problema real que habrá que solucionar es el de la inexplicable persistencia de individuos que se niegan a creer en ella. El combate ideológico adquiere necesariamente los rasgos de una guerra religiosa, de un intento fanático de imponer las creencias propias. La teoría se convierte en un simple ventrílocuo del poder. La revolución cultural china es un ejemplo de ello: un intento catastróficamente fallido de someter la sociedad china en general y el Partido Comunista Chino en particular al “pensamiento Mao Zedong”. Mao, por su parte, no sólo toleró esta creciente fanatización alrededor de su figura, sino que la promovió activamente para instrumentalizarla en favor de sus propios intereses políticos. Se da la paradoja de que, como la doctrina consiste en el conjunto de opiniones de un individuo, formar un criterio consistente —objetivo, comunicable, universal— es imposible por principio. Una opinión, una cita, un texto cualquiera podrán presentarse como respaldo de decisiones totalmente caprichosas, y los límites que separan a un comunista intachable de un burócrata contaminado por el revisionismo variarán a discreción de quien decida juzgar en cada caso. En consecuencia, cualquiera pasa a ser directamente sospechoso y merecedor de una potencial purga. La doctrina se rebaja así a coartada de un ejercicio puramente destructivo, que se recrea en la negación abstracta de la realidad.

No se trata de rechazar el dogmatismo porque no nos guste. Este sería un rechazo *dogmático* del dogmatismo. La cuestión, en cambio, es que el dogmatismo se refuta a sí mismo en virtud de los criterios internos que necesariamente presupone. O sea, la del dogmatismo es una posición inválida *en sí misma*, y no en relación con algún criterio subjetivo, arbitrariamente dispuesto (“porque no me gusta”, “porque prefiero la posición crítica”, “porque he leído un texto que *dice que* el dogmatismo es malo”, etc.). La razón es, en realidad, sencilla, y ha sido ya explicada en párrafos anteriores. Para que una

época. Ha heredado, defendido y desarrollado de manera genial y creadora y en todos sus aspectos el marxismo-leninismo elevándolo a una etapa completamente nueva”. Lin Biao, “Prefacio a la segunda edición de Citas del Presidente Mao Tse-tung”, en Mao, Libro rojo de Mao, Editorial Bru-guera, Barcelona, 1976, pp. 19-20.

idea, orden o norma social tengan validez, incluso como efecto de su pura imposición externa, es *necesario* que aquel que la padece y es sometido por aquella la *acepte y reconozca* como tal. Por ejemplo, un esclavo no es nunca un instrumento puramente pasivo del dominio de su amo. Es él, aunque ni siquiera lo sepa —o, precisamente, porque no tiene conciencia de su libertad—, quien le reconoce a su amo la potestad con la que lo domina a capricho. Si el esclavo no reconoce a su amo como amo, el amo no puede ejercer su función respecto del esclavo, ni puede, por tanto, reconocerlo de vuelta como esclavo<sup>26</sup>. La autoridad que el esclavo le presupone dogmáticamente a su amo, lo que este cree para sí mismo, es en realidad un estatus normativo que el esclavo le está concediendo activamente. Lo mismo ocurre, volviendo al punto que nos interesa, en el caso de la teoría. Alguien puede validar dogmáticamente la autoridad de una sentencia, una opinión o una doctrina. Pero incluso en la actitud de mayor pasividad soy necesariamente yo el que concedo ese estatus de autoridad válida. Soy yo el que decide confiar, en primera persona y de forma activa, en la autoridad de un texto, figura o norma externa. De modo que la única salida coherente es hacerse cargo de que somos responsables en primera persona de aquello que pensamos y hacemos.

26. La dialéctica del reconocimiento mutuo como clave de la identidad práctica de los individuos y de la constitución de normas sociales históricamente válidas está originalmente expuesta en Hegel, GWF, Fenomenología del espíritu, Editorial Gredos, Barcelona, 2010.

Esta es la esencia viva de la Ilustración y el racionalismo, de los que el marxismo, como no podría ser de otra manera, se reclama heredero legítimo<sup>27</sup>. En este sentido, un marxismo radicalmente ilustrado no se puede amparar en la autoridad incuestionada de la tradición. Esto, por supuesto, no debe conducir a un radicalismo vacío, a la afirmación igualmente dogmática de la novedad, que suele traducirse en la defensa de ocurrencias tamizadas por varias capas de pseudoteoría. Este camino conduce directamente al eclecticismo y a la forma intelectual del espontaneísmo, que reduce la perspectiva histórica del marxismo al horizonte estrecho de lo inmediatamente presente. La sujeción a las modas de cualquier tipo, pero especialmente a las modas de carácter teórico, presagian

27 Así lo defendieron siempre los propios marxistas. Véase, Engels, F., “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana”, Marxists.org, 1886. y Engels, F., “Del socialismo utópico al socialismo científico”, Marxists.org, 1880.

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

la renuncia a los principios, que se sacrifican en el altar de opiniones cambiantes y completamente erráticas. La renuncia a establecer principios claros y sólidos, dicho de otro modo, es la forma más sangrante de renunciar a nuestra independencia política, a la que renunciaremos desde el momento que aceptemos pensar bajo las ideas de *otras clases*. Lo mismo vale para la cuestión de su subordinación de clase. Sólo porque es en última instancia responsable de su opresión social; sólo porque su minoría de edad es autoimpuesta, puede el proletariado emanciparse a sí mismo. Si su subordinación fuese producto de la voluntad externa o de alguna autoridad superior, su emancipación sería imposible por principio, pues debería ser concedida, otorgada, por parte de un amo que en el fondo seguiría siéndolo. Bajo ese supuesto, el proletariado sería un juguete dependiente de la buena voluntad de su amo, condenado eternamente a pedir permiso para poder vivir. El proletariado sería sistemáticamente víctima del engaño y de la fuerza del poder establecido, y jamás podría sobreponerse al mismo.

Uno de los rasgos esenciales del marxismo es que proletariado no es el sujeto de la revolución en un sentido puramente instrumental. No es el vehículo pasivo de unos intereses que le son externos. No se limita a satisfacer las necesidades de la Historia, de la Teoría, del Partido<sup>28</sup>. El proletariado es el agente de la revolución por dos razones, internamente vinculadas. Primero, porque en un sentido económico, sólo el proletariado encuentra en su proceso vital motivos que le puedan empujar a transformar la sociedad hasta el punto de suprimir las vigentes relaciones de propiedad. Sus intereses últimos sólo pueden afirmarse en una sociedad socialista. Segundo, porque sólo si posee conciencia de su misión su acción política resulta históricamente significativa y vinculante. Puede poseer conciencia de esta misión porque él es su agente y el principal interesado. Si no posee esta conciencia, la mayoría requerida para la transformación social sólo actuará movida por la fuerza o bajo el efecto de algún ardid. Esta sería una acción espuria en términos históricos, una que no instituye

28. La idea de que el proletariado no es sólo una clase que sufre, sino un sujeto activo y responsable de su propia emancipación es una idea original de Engels, que expresó por primera vez en Engels, F., "La situación de la clase obrera en Inglaterra", Marxists.org, 1845.

un nuevo nexo social, un nuevo sistema impersonal de instituciones que, para ser efectivo, debe poder reproducirse espontáneamente a partir de la iniciativa interna de quienes lo personifican. Si no se impone *motu proprio*, si no tiene en la costumbre y los hábitos de la masa social su sostén y garantía, un sistema económico y político es artificial, que caerá con la misma facilidad con la que emergió —si es que algo así puede siquiera emerger en primera instancia—.

El marxismo es, en este sentido, un relato, la narración que da cuenta de qué es el proletariado en la medida en que comprende la práctica presente como desarrollo de la práctica pasada, orientándola hacia las condiciones de la práctica futura. Proyecta y difunde, a través del intelectual colectivo que lo encarna, el progreso histórico al que los proletarios interpelados por esta narración han de poder adscribirse en primera persona, como una narración que relata racionalmente el sentido y finalidad de sus propias vidas. Tomando conciencia de su condición, el proletario hace suyo el arma con el que desbancará la dirección social de la burguesía: se sabe legitimado para gobernar, y tratará de transformar este derecho en una obligación ante la que la burguesía sólo puede interponerse anacrónicamente, por medio de la violencia y contra el sentido de la historia.

### **EL MILITANTE COMUNISTA Y LA DIFUSIÓN DE LA CONCIENCIA**

La conciencia socialista es expresión de la razón, pero requiere también la fuerza. Debe extenderse y difundirse sobre la masa del proletariado y transformarse en una potencia política y social. La conciencia socialista sólo alcanza su verdadera entidad cuando toma cuerpo en un partido de masas políticamente independiente. Para llegar a ese escenario es precisa una labor sistemática de difusión de la conciencia, siendo el militante comunista la pieza clave de este movimiento. La difusión de la conciencia socialista equivale a la

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

socialización de las explicaciones mediante las que los proletarios pueden entender sus problemas individuales, aparentemente inconexos del devenir social, como problemas socialmente enraizados, vinculados estrechamente al devenir general de la sociedad. Igualmente, frente a la (falsa) solución individualizada, corporativa o reformista de estos problemas, la conciencia socialista ilumina la manera en que podría pasarse a una solución vinculada al avance de posiciones en la lucha de clases, poniendo a la clase dominante y a su Estado en el punto de mira en calidad de responsables últimos de la situación. La conciencia socialista es así la conciencia de quien sabe que la solución de los problemas particulares pasa por la solución del problema del poder: sólo el gobierno del proletariado podrá garantizar que las bases económicas de la crisis, la miseria, la guerra y la opresión sean por fin erradicadas. En la medida en que la masa del proletariado hace suya la conciencia socialista como conciencia de su misión histórica, el derecho a gobernar se hace progresivamente efectivo, pasando de ser un título nominal a la descripción de una práctica encarnada en primera persona por el movimiento político de la clase, el partido revolucionario de masas.

No hace falta una inteligencia fuera de lo común para notar que el potencial radio de extensión de una conciencia de este tipo es muy limitado en su forma teórica abstracta. No porque una mayoría de la clase no vaya a entender un discurso presentado en un registro como ese, sino porque ni siquiera sentirá la necesidad de atender a él en primera instancia. La razón es doble. Primero, por la forma misma en la que se expone el conocimiento teórico, que en su expresión más sofisticada y abstracta será siempre, o al menos durante mucho tiempo, patrimonio exclusivo de una minoría en relación con el conjunto de la sociedad. Segundo, porque la falta de desarrollo práctico del partido comunista de masas hace irrelevante, ergo indiferente para la mayoría, la manera en la que una minoría consciente quiera justificar el que de momento es sólo *su* proyecto privado y particular. De todo ello se sigue lo que ya sabían los predecesores filosóficos de Marx:

que, para ser socialmente efectiva, la ciencia debe fusionarse con la *cultura*, con los modos espontáneos de pensamiento, en una visión del mundo, una *Weltanschauung*. Una vez más, esto no es un capricho, sino una necesidad. La práctica social se sostiene sobre un *sensus communis*, un sentido común que dicta qué debe y no debe hacerse sin apelar directamente a razones de tipo teórico. Estas razones son autoevidentes, y están presentes en la inmediatez de la práctica social. La conciencia socialista, si es la expresión de una alternativa civilizatoria históricamente posible y no una fantasía de la imaginación, ha de poder cristalizarse en las formas espontáneas de pensamiento y orientar así la práctica, sin necesidad de que, en cada acto, en cada decisión, los individuos tengan que pararse a disertar sobre la idoneidad, pertinencia y verdad del asunto. Así es como de hecho funciona toda sociedad, y así lo hará también la sociedad comunista y el movimiento que incipientemente tienda a encarnar ese horizonte.

Esto nos lleva a otra cuestión, y es el hecho de que la conciencia socialista, para difundirse, deberá adoptar distintas máscaras. El discurso general del marxismo habrá de traducirse a distintos “idiomas”, de acuerdo con el problema al que apele y de acuerdo con el nivel real de conciencia de las masas que lo padecen. El criterio es simple: la verdad no está para que la posean unos pocos privilegiados, está para ser efectiva en la lucha de clases. Hay que saber adecuar esa verdad a los códigos y al universo mental de aquellos a quienes se busque interpe- lar en cada caso. Esto es también, por descontado, un asunto que requiere de astucia política. En este punto es crucial la distinción de Plejanov, paradigmáticamente defendida por Lenin, entre la figura del propagandista y la del agitador, entre quien explica racionalmente las raíces y la potencial solución de cada problema, y quien infunde al proletariado la voluntad de actuar mediante consignas simples y estímulos más primarios. El intelectual colectivo que sostiene el discurso pensado del movimiento es la cabeza, *pero nada más que la cabeza*, de una gigantesca maquinaria de agitación que ha de saber vincular cada caso de injusticia y opresión con el curso general del mo-

## ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

vimiento, que a su vez está vinculado con el curso general de la sociedad, y este con el de la historia. Sin su cabeza pensante, esta maquinaria es ciega. Sin esta maquinaria, la teoría es socialmente vacía. De nuevo, se trata de hacer explícitos por todos los medios y de la manera más efectiva posible la *necesidad*, los lazos que unen cada caso, evento, situación de la sociedad presente con la sociedad futura, de tal forma que ese imperativo pueda tomar cuerpo político en un movimiento unificado de trabajadores. “El comunismo brota, literalmente, en todos los aspectos de la vida social”<sup>29</sup>. Sintetizar, resumir y orientar estos brotes en una dirección unificada permite que el proletariado termine identificando a esta como la fuerza histórica que realmente representa sus intereses.

¿Qué significa entonces ser un militante comunista? ¿Cuál es el modelo que debe inspirar y dirigir nuestros esfuerzos? Lenin lo condensa en la figura del tribuno popular. El tribuno popular es para Lenin un jefe altamente disciplinado, fiel a los principios revolucionarios, instruido en el conocimiento político y capacitado para la dirección de su clase. Es el encargado, ante todo, de dirigir, de imprimir al movimiento una dirección consciente. Un militante comunista que no sabe para sí mismo, en primera persona, qué debe y no debe hacer en tanto que tal, no es un *verdadero* militante comunista –no hace lo necesario para cumplir con esa condición. Será comunista en un sentido solamente nominal, alguien que dice o cree que lo es, pero que no encarna esa identidad en sus compromisos prácticos reales. No se puede ser comunista sin saber para qué está organizado, sin saber traducir el significado de ser comunista bajo las circunstancias peculiares de su presente histórico; sin saber, en definitiva, arrastrar a la posición de vanguardia a las masas a las que interpela. Lo que resta, una vez dejamos de lado esta conciencia activa de nuestra práctica, es el identitarismo abstracto o el apego emocional a una causa que en el fondo no se comprende ni se quiere comprender. Lo mismo vale, por extensión, para el proletariado en su conjunto. Si ha de ser el agente de la revolución, el proletariado debe saber que lo es, o no lo será en absoluto.

29. Lenin, Vladimir, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Akal, Madrid, 2021, p. 121.